

## ECOS Y PERVIVENCIAS DE LA LÍRICA AMATORIA ANTIGUA EN LA POESÍA ESPAÑOLA DEL SIGLO XX\*

M.<sup>a</sup> EMILIA MARTÍNEZ-FRESNEDA BARRERA

Tras la desaparición en enero de 1990 del poeta, de la llamada «Escuela de Barcelona. Generación del 50», Jaime Gil de Biedma, se publicó en 1991 su diario, magistralmente escrito en plena juventud, con el título *Retrato del artista en 1956*<sup>1</sup>, que no es otra cosa que la versión definitiva, ampliada y corregida ya sin veladuras, de la que, todavía en vida del autor, fue publicada con el título *Diario del artista seriamente enfermo en 1974*. Fue expreso deseo del poeta, el que no se editara el diario completo hasta después de su muerte.

Cuando, en su día, impulsada por mi gran afición a las memorias, tuve en mis manos este libro, me sentí gratamente sorprendida, porque de las tres partes de que consta, la primera se titulaba «Las islas de Circe» y la tercera «De regreso de Ítaca».

Después, una vez inmersa en el *Diario*, hallé tantos afanes clásicos, tantas citas, tantas pervivencias de los autores grecolatinos que, apenas sin espacio en

---

\* Este artículo tiene su origen en la conferencia «La lírica amatoria antigua en la poesía española contemporánea» desarrollada en el seminario *El amor en la poesía griega y latina* celebrado en la UIMP (Santander) en agosto de 1994.

<sup>1</sup> Narrativa actual, Autores de lengua española, Barcelona 1993.

el tiempo, abordé la lectura de *Las personas del verbo*, donde se recoge la totalidad de sus poemas.

Porque, estaba segura de que si en la prosa de su *Diario* había encontrado párrafos impregnados de un gran conocimiento del mundo clásico, en sus poemas la lírica antigua se haría aún más presente. Y así fue.

Dice, por ejemplo, el poeta en su *Diario*: «Roma y su dosis casi mortal de pasado me llenaron de miedo. Sólo a las dos noches, en el *Templo de Venus*, maravillosamente plantado de mirtos, me sentí en paz»<sup>2</sup>; o «Leo estos días la *Antología de la poesía tradicional* (Dámaso Alonso y Blecuá) (...) el deslumbramiento cada vez que abro el libro es inmediato. Me ocurre con esta lírica igual que con la Grecia clásica: volver a ella es como volver a una patria de origen, no se sabe cuándo abandonada y sólo de tarde en tarde recordada. Uno se pregunta, a cada regreso, por qué se marchó - y por qué, por qué, ya no es posible quedarse»<sup>3</sup>; o el emocionado sentimiento que expresa, en relación con una audición de *Dido y Eneas* de Purcell: « (...) el adiós de ella es algo extraordinario, divino, la expresión del dolor puro, más allá de la desesperación y de la resignación»<sup>4</sup>. Son palabras estas últimas que, al oír las, nos sitúan en la escena descrita por Virgilio, cuando pone en boca de Dido esta súplica desesperada: (...) *per ego has lacrimas dextramque tuam te / (quando aliud mihi iam miserae nihil ipsa reliqui), / per conubia nostra, per inceptos hymenaeos, / si bene quid de te merui, fuit aut tibi quicquam / dulce meum, miserere domus labentis et istam, / oro, si quis adhuc precibus locus, exue mentem*<sup>5</sup>.

Por consiguiente, después de una detenida lectura de los poemas de Gil de Biedma, cuyos frutos mostraré enseguida, pensé que, viviendo en tan estrecha relación de amistad, como lo hicieron, los integrantes de la Escuela de Barcelona, Generación de los 50<sup>6</sup>, podrían, quizás, hallarse en los demás otros ecos clásicos al estilo de Gil de Biedma.

Abordé, entonces, la lectura de las tres antologías, donde por vez primera esta generación que se considera heredera de la Generación del 27 (especialmente de Cernuda y Aleixandre), es titulada como tal.

---

<sup>2</sup> *Retrato...*, pág. 122. Cf. también «Jaime Gil de Biedma o el paso del tiempo» en CAMPBELL, F., *Infame turba* (Entrevistas a pensadores, poetas y novelistas en la España de 1970), Editorial Lumen, Barcelona 1994 (reproducción de la 1.ª edición de 1971), págs. 216-227.

<sup>3</sup> *Retrato...*, pág. 135.

<sup>4</sup> *Retrato...*, pág. 205.

<sup>5</sup> *Eneida* IV 314-318: «Por estas lágrimas y por tu mano derecha –dado que ninguna otra cosa he dejado ya para mi yo misma, desgraciada de mí– por nuestras relaciones y por el matrimonio que hemos iniciado, si algún merecimiento he hecho a tus ojos, o si algo mío fue dulce para tí, apiádate de mi casa que se derrumba, y abandona, te lo ruego, si todavía hay algún lugar para las súplicas esas intenciones». Traducción de B. SEGURA RAMOS, Círculo de Lectores, Barcelona 1981.

<sup>6</sup> C. RIERA, *La Escuela de Barcelona*, Anagrama, Barcelona 1988.

La primera de ellas es la recopilada en 1975 por Jaime Ferrán, bajo el título *Antología Parcial*<sup>7</sup>. El editor reúne a los poetas siguientes: Folch, Costafreda, Gomis, Barral, José Agustín Goytisolo, Enrique Badosa, e incluye además sus propios poemas. Justifica esta agrupación citando en el prólogo la afirmación de Bousoño: «(...) aparecen grupos de poetas al conjuro de la geografía y/o de la cronología como siempre ha ocurrido en nuestro país, donde las únicas escuelas han sido las que ha dispuesto la agrupación geográfica en un momento determinado.»

Las otras dos antologías *El grupo poético de los 50<sup>8</sup>* y *Una promoción desheredada: la poética de los 50<sup>9</sup>*, publicadas en 1978 reúnen, además de los ya citados, otros nombres como Ángel González, José Ángel Valente y Francisco Brines.

Así iniciada, bajo la égida de Gil de Biedma, consideré oportuno entonces, centrar mi búsqueda en estos que acabo de mencionar, y en el ya antes citado Enrique Badosa, que junto con Cernuda y Aleixandre, digamos, los padres reconocidos de esta generación, me proporcionaron —deleite aparte— un abundantísimo material; tanto que, en este espacio del que dispongo, no podré mostrarlo todo. Porque, con objeto de ampliar el campo de la lírica más próxima todavía a nosotros, estimé pertinente incluir en la nómina a Antonio Colinas, nacido en 1946, cuando los poemas del 50 ya empezaban a tomar cuerpo en la mente de sus autores, y porque, traspapelados en mi memoria, yo recordaba los versos de Quevedo que encabezaban sus poemas, recogidos bajo el título *Jardín de Orfeo*:

«Si del infierno todas las tormentas  
con su música Orfeo suspendiera...»  
(*Parnaso* 194 2)

Efectivamente, al retomar su obra en mis manos, tuve ocasión de comprobar que, además de Quevedo, Colinas<sup>10</sup> tenía en su recuerdo otros autores, los nuestros; en su poema «Vigilia» dice:

Leías el poema de Homero hasta el alba  
con la mente distraída, porque bajo el crepúsculo  
de amoratadas llamas habías visto a dos jóvenes  
absortas, enlazadas las cinturas, nerviosas, encendidas.  
(...)

---

7 Plaza-Janés, Barcelona 1976.

8 Taurus, Madrid 1978. Edición de J. GARCÍA HORTELANO.

9 Editorial Zero Zix, Madrid 1978. Edición de A. HERNÁNDEZ.

10 *Poesía 1967-1981*, Visor, Madrid 1984, págs. 192 y 167.

O en este otro «Vino, caballos y rosas»:

Pasa por tu cabeza un sueño de latines  
mal aprendidos en la adolescencia.  
Tiempos de iniciación llenos de pasmos,  
cuando llover veñas en la huerta  
rosada y penumbrosa de los monjes.  
Y, absorto en el zumbiar de las colmenas,  
te mareaban los oros del crepúsculo  
y los labios del último verano.  
(...)

Ahora, para mejor centrarnos en hechos de amor, volviendo a Gil de Biedma, y considerando con Valente<sup>11</sup> que el primer verso nos lo regalan los dioses, nos regalaremos en la diosa del amor con el «Epigrama votivo» dedicado a Afrodita:

Estas con varia suerte ejercitadas  
en áspero comercio, en dulce guerra,  
armas insidiosas  
—oh reina de los dioses y las diosas—,  
ya herramientas melladas y sin filo,  
en prenda a ti fiadas,  
hoy las acoge tu sagrado asilo,  
Cipris, deidad de la pasión demótica.  
Bajo una nueva advocación te adoro:  
Afrodita Antibiótica<sup>12</sup>.

Creo que, según está referido por el propio autor al libro VI de la *Antología Palatina*, debe de ser concretamente el 132 (65 de la edición de M. F. Galiano):

De sus tristes espaldas las armas tiraron los Bretios,  
heridos por las manos de los ágiles Locros,  
y ahora en el templo divino ellas cantan su hazaña  
sin echar de menos aquellos viles brazos.

El adjetivo «antibiótica» que califica a Afrodita como —pienso— generadora de vida, y destructora de organismos patógenos, como diosa catártica,

---

<sup>11</sup> *ABC Cultural* n.º 130, 29 abril 1994.

<sup>12</sup> *Las personas del verbo*, Seix Barral, Biblioteca Breve, Barcelona 1982, pág. 149.

podría ser la causa, en el epigrama de la poetisa Nóside, del estado descrito en los dos últimos versos:

y ahora en el templo divino ellas cantan su hazaña  
sin echar de menos aquellos viles brazos.

y en los versos de Gil de Biedma finales:

hoy las acoge tu sagrado asilo,  
Cipris, deidad de la pasión demótica.  
Bajo una nueva advocación te adoro.

Nos recuerda también, en cuanto al contenido, esta original advocación de Afrodita liberadora, a los versos de Safo del «Himno a Afrodita»: «Ven, pues, también ahora, líbrame de mis cuitas rigurosas (...)»<sup>13</sup>.

«Cipris, deidad de la pasión demótica», decía también Gil de Biedma. Afrodita es en este poema diosa popular de todos y para todos; todos tenemos acceso al goce del amor, no importa con qué medios accedamos a los placeres que la diosa posee, ya que Afrodita no es siempre la decorosa Urania de Platón, sino la impúdica *Pandemos* que fue tan grata al modernismo y que Badosa canta así, en este epigrama:

Afrodita demótica y venal,  
te complace mostrar tu fotogenia  
a la mirada artista del fotógrafo  
que para algún museo solitario  
bien te pornografía en varias poses<sup>14</sup>.

Y una nueva Venus –de la que enseguida trataremos– también está muy lejos de esta otra Venus, de Lorca ahora, que aparece misteriosa a la luz de la luna:

(...)  
Rueda helada la luna, cuando Venus  
con el cutis de sal, abría en la arena,  
blancas pupilas de inocentes conchas<sup>15</sup>.  
(...)

---

<sup>13</sup> *Lírica griega arcaica*, Introducción, traducción y notas por F. RODRÍGUEZ ADRADOS. Editorial Gredos, Madrid 1980, págs. 354-355, vv. 25 ss.

<sup>14</sup> «Epigrama XVII» en *Epigramas confidenciales* (Premio Francisco de Quevedo 1986), Plaza-Janés Editores, Barcelona 1989, pág. 19.

<sup>15</sup> «Soledad insegura», *Obras completas*, Aguilar, Madrid 1971, 16.ª ed. pág. 617.

Porque la de Badosa, que es a la que me refería, demótica y burguesa, sin embargo no siempre nace de las espumas del mar:

Cierto es también que pocas veces Venus,  
en versión popular, V.I.P. o burguesa,  
se había aparecido en nuestras costas  
con el mármol moreno de su piel<sup>16</sup>.

Aunque esta Venus de Badosa sí está muy próxima a la vituperada por Valente, cuando parafrasea a Catulo XXXVI «Voto de Lesbia».

Valente en su versión, inspirada en este poema, dice así:

Por qué no ofrecer a los dioses  
no ya lo primigenio, lo ligero, lo leve,  
sino lo lateral, lo espeso, lo pastoso.  
No siempre la paloma,  
    el caracol,  
    el canto,  
sino el ladrillo,  
    la maroma,  
    el verso  
lleno de orejas de Volusio.  
Sacrifiquemos Lesbia, adúlteros y alegres,  
a la terrible diosa que nos lleva  
papel inmundo, *Anales* de Volusio,  
*cacata carta*,  
la flor cerrada de lo obtuso<sup>17</sup>.

Y, siguiendo con las referencias contemporáneas a esta diosa de amor, no puedo menos de incluir aquí el «Himno a Venus» de Jaime Siles<sup>18</sup>:

Amor bajo las jarcias de un velero,  
amor en los jardines luminosos,  
amor en los andenes peligrosos  
y amor en los crepúsculos de enero.

---

<sup>16</sup> «Epigrama XXXV», pág. 56.

<sup>17</sup> *Noventa y nueve poemas*, Alianza Editorial, Madrid 1992, pág. 137.

<sup>18</sup> Me parece oportuno incluir ahora a este autor no citado en la nómina antedicha, porque, además de poeta y admirador de la generación de los 50, elabora sus poemas con el privilegio del filólogo clásico poeta.

Amor a treinta grados bajo cero,  
amor en terciopelos procelosos,  
amor en los expresos presurosos  
y amor en los océanos de acero.

Amor en las cenizas de la noche,  
amor en un combate de carmines,  
amor en los asientos de algún coche,

amor en las butacas de los cines.  
Amor, en las hebillas de tu broche,  
gimen gemas de jades y jazmines<sup>19</sup>.

Es este himno, pienso, una actualización magistral de la presencia de la diosa en nuestros días, de esta diosa que Gil de Biedma denominaba «antibiótica» (adjetivo inexistente en textos griegos) recreándola para nosotros en «Pandémica y celeste», poema que figura encabezado por los conocidos versos de Cátulo VII «Besos de Lesbía»: *Quaeris quot mihi basiationes / tuae, Lesbía, sin satis superque. / Quam magnus numerus Libyssae arenae. / (...) aut quam sidera multa, cum tacet nox, / furtivos hominum uident amores*<sup>20</sup>.

A todas luces el título de «Pandémica y celeste»<sup>21</sup> —aunque de la mano de Catulo— nos conduce a Platón: «Todos sabemos que no hay Afrodita sin Amor. En el caso, pues, de que fuera única habría tan sólo un amor, pero como existen dos, necesariamente habrá dos amores (...) una de las dos, la mayor probablemente no tuvo madre y es hija de Urano (el Cielo), por lo cual le damos el nombre de Urania (Celeste); la otra, la más joven, es hija de Zeus y de Dione y la llamamos Pandemo (Vulgar). De ahí que sea necesario también llamar con propiedad al Amor que colabora con esta última Pandemo (Vulgar) y al otro Uranio (Celeste)»<sup>22</sup>.

Pienso que, a pesar de invocar al amor como «celeste», en este poema —del cual he seleccionado sólo algunos versos dada su extensión— estamos más cerca de la *Venus meretrix*, de la *Pánkoinos*, de la «demótica» y «vulgar» también cantada por Badosa y Jaime Siles, como ya hemos visto, porque así dice Gil de Biedma:

---

<sup>19</sup> *Poesía 1969-1990*, Visor, Madrid 1992, pág. 288.

<sup>20</sup> «Me preguntas, Lesbía, cuántos besos / tuyos me bastarían y sobrarían. / Cuántos infinitos granos de arena Libia, / (...) o cuántas estrellas en la noche callada / contemplan los furtivos amores de los hombres (...).» Traducción de RAMÍREZ DE VERGER, *Catulo Poesías*, Alianza Editorial, Madrid 1988.

<sup>21</sup> *Las personas ...*, pág. 134.

<sup>22</sup> *Banquete 179 e / 181 b*. Traducción de L. GIL, Aguilar, Madrid 1966.

Imagínate ahora que tú y yo  
muy tarde ya en la noche  
hablemos hombre a hombre, finalmente.  
Imagínatelo,  
en una de esas noches memorables  
de rara comunión con la botella  
medio vacía, los ceniceros sucios,  
y después de agotado el tema de la vida.  
(...)  
Para saber de amor, para aprenderle,  
haber estado solo es necesario.  
Y es necesario en cuatrocientas noches  
—con cuatrocientos cuerpos diferentes—  
haber hecho el amor. Que sus misterios,  
como dijo el poeta son del alma,  
pero un cuerpo es el libro en que se leen.  
(...)

Aunque sí vemos, en estos últimos versos, ya a las dos Afroditas, casi fundiéndose en perfecta «conjunción».

Y más concretamente, la «celeste» está aquí más presente aún:

(...)  
Porque no es la impaciencia del buscador de orgasmo  
quien me tira del cuerpo hacia otros cuerpos  
a ser posible jóvenes:  
yo persigo también el dulce amor,  
el tierno amor para dormir al lado  
y que alegre mi cama al despertarse,  
cercano como un pájaro.  
(...)

Esta mezcla de amores «celestes» y «pandémicos» están también inmersos en la noche de Catulo<sup>23</sup>, *cum tacet nox* «noche serena», «tácita», sin embargo, creo que la noche de Gil de Biedma es bastante menos poética porque en versos siguientes continúa así el poema:

(...)  
Recuerdos de vosotras, sobre todo,  
oh noches en hoteles de una noche,

---

<sup>23</sup> Cf. nota 20.

definitivas noches en pensiones sórdidas  
en cuartos recién fríos,  
noches que devolvéis a nuestros huéspedes  
un olvidado sabor a sí mismos.  
(...)

Quizá más próxima está esta noche, la de Gil de Biedma, –no precisamente tácita sino azarosa– a cualquier *nox atra* de Virgilio<sup>24</sup>, por ejemplo en *Eneida* II 230 ss.: *Vertitur interea caelum et ruit oceano nox / inuoluens umbra magna terramque polumque / Myrmidonumque dolos; fusi per moenia Teucrici / conticuere; sopor fessos complectitur artus.*

O, incluso, también se aproxima Gil de Biedma a la noche descrita, al compás del verso de Ovidio *nox oculis uenit oborta metu*<sup>25</sup> en el episodio de Dédalo e Ícaro, por Antonio Colinas en cualquiera de los nueve poemas que se reúnen bajo el título «En lo oscuro», como éste, que, creo, parece aquí el más indicado como ejemplo de *nox atra*:

Esta noche  
qué terror no me darán  
los astros sangrantes,  
qué desolación  
el camino oscuro  
ahogado por los árboles.  
Ya de regreso, en casa,  
qué libro abriré,  
qué palabras de los míos  
me harán olvidar,  
a qué o hacia dónde  
dirigiré mis ojos<sup>26</sup>.

También, en la línea de noche oscura, podemos leer el poema de Siles *Tinctus colore noctis*, que va precedido, en el grupo de poemas «Lectura de la noche», del verso de Virgilio *nox atra caua circumuolat umbra* de *Eneida* II 360:

---

<sup>24</sup> *Eneida* II, 230 ss: «Entretanto el cielo gira y la noche se precipita desde el océano envolviendo en profunda sombra tierra y cielo y las redes que nos habían tendido los Mirmidones; los Teucros echados a lo largo de los muros guardaron silencio; un profundo sueño se adueña de sus miembros fatigados». Traducción de M.ª DEL DULCE NOMBRE ESTEFANÍA, Bruguera, Barcelona 1984.

<sup>25</sup> *Ars amatoria* II 88.

<sup>26</sup> *Poesía 1967* ..., pag. 238. Cf. nota 10.

Tinta la noche extinta,  
tíntame,  
nocturnidad azul  
de húmedas notas.  
Cuanto tiene materia en la memoria  
de un cuerpo extinto,  
tinta, tíntame<sup>27</sup>.

Desde esta *nox atra* de Virgilio vayamos, ahora, a otra noche, a una de Homero (*Odisea* VII 267-284) (...) ἀμβροσίη νύξ «noche divina», «inmortal», feliz noche que se extingue para Ulises, cuando «en el último aliento» el mar le arroja, en la tierra feacia, a los brazos de Nausica:

ἐπτά δὲ καὶ δέκα μὲν πλέον ἤματα ποντοπορεύων,  
ὀκτωκαιδεκάτη δ' ἐφάνη ὄρεα σκιδόντα  
γαίης ὑμετέρης, γήθησε δὲ μοι φίλον ἦτορ  
δυσμόρφ' (...)  
(...)  
ἐκ δ' ἔπεσον θυμηγερέων, ἐπὶ δ' ἀμβροσίη νύξ  
ἦλυθ'. (...)<sup>28</sup>

Pero ya ni del tenebroso mar de Homero, ni de Nausica se acuerda el Ulises de Badosa, viejo Ulises, muy viejo en 1985:

(...)  
Fray Ulises es viejo,  
años a miles;  
de sus navegaciones  
y de sus lides  
apenas si se acuerda,  
ni de su estirpe.  
Vivió más que su reino  
de islas felices,  
para purgar astucias  
que a nadie dice,  
se vino de ermitaño  
a la mar libre.

---

<sup>27</sup> *Poesía 1969* ..., pág. 165. Cf. nota 19.

<sup>28</sup> «Diecisiete jornadas pasé recorriendo el océano / y al contar dieciocho veía los montes umbríos / de esta tierra feacia: gozó el corazón en mi pecho. / (...) / Sálv a tierra en un último esfuerzo. La noche divina / se acercaba». Traducción rítmica de J. M. PABÓN, Gredos, Madrid 1982.

(...)  
Mientras cultiva y logra  
añejas vides,  
para el placer del nauta  
que le sonríe,  
va entonando habaneras  
el monje Ulises.  
Mientras guarda agua dulce  
en sus aljibes,  
para la sed del náufrago  
que la precise,  
va cantando los salmos  
y los latines<sup>29</sup>.  
(...)

Sin embargo, a Nausica, mujer al fin, hoy como entonces, Ulises le sigue pareciendo «algún dios de entre aquellos que ocupan la anchura del mar» y todavía dice: « ojal a que así fuera el varón a quien llame mi esposo, que viniendo al país le agradase quedarse para siempre!»<sup>30</sup>, porque así, con el privilegio del filólogo poeta, la vio Luis Alberto de Cuenca<sup>31</sup> en 1992 y aún soñaba...

El mar de Homero r e para ti,  
que te acodas desnuda en la baranda  
(...)  
Llega entonces el hombre de tu vida  
a la terraza. Es una hermosa mezcla  
de fortaleza y de sabiduría.  
Ulises es su nombre. Tú no ignoras  
que pasar  de largo. Ya so aste  
su desden tantas veces... Pese a todo,  
el brillo de tus ojos insinúa:  
«No me canso de verte.» Y tus odios  
reclaman: «H blame, dame palabras  
para vivir.» Y con el sexo dices:  
«Dueño mío, haz de mi lo que te plazca.»  
Todo es entrega en ti, dulce Nausica.  
Pero él esta aburrido de la fiesta,

---

<sup>29</sup> «Gozos y labranzas de Fray Ulises» en *Cuadernos de Barlovento*, Selecciones de Poesía Española, Barcelona 1985, pág. 18.

<sup>30</sup> *Odisea* VI 243 ss.

<sup>31</sup> Cf. nota 18.

perdido en el recuerdo de su patria,  
y no se fija en ti, ni en ese cuerpo  
de diosa acribillada de mensajes  
que nunca llegarán a su destino<sup>32</sup>.

Ulises también sueña, pero hombre al fin, aburrido no se ha fijado en ella, presente pero ausente se pierde en el deseo del retorno, aunque quizá esté dudando si vale la pena emprenderlo otra vez, como expresa Cernuda en este poema titulado «Peregrino»:

¿Volver? Vuelva el que tenga,  
Tras largos años, tras un largo viaje,  
Cansancio del camino y la codicia  
De su tierra, su casa, sus amigos,  
Del amor que al regreso fiel le espere.

Mas, ¿tú? ¿Volver? Regresar no piensas,  
Sino seguir libre adelante,  
Disponibile por siempre, mozo o viejo,  
Sin hijo que te busque, como a Ulises,  
Sin Ítaca que aguarde y sin Penélope.  
Sigue, sigue adelante y no regreses<sup>33</sup>.

Esta idea del regreso está siempre presente en los poetas modernos tratados. En Gil de Biedma la obsesión por el retorno es constante: «(...) a los veinte años viví mi último verano aquí, mi última larga temporada (...) los regresos después no han sido más que intentos de regreso, han añadido muy poco<sup>34</sup>.» O en la cita de Anaximandro<sup>35</sup> abriendo su libro de versos: «Donde tuvo su origen, allí es preciso que retorne en su caída, de acuerdo con las determinaciones del destino (...)».

También en el prefacio de sus poemas dice: «Bueno o malo, por el mero hecho de haber sido escrito despacio, un libro lleva dentro de sí tiempo de la vida de su autor. El mismo incesante tejer y destejer (...) y nuestros libros parece que naturalmente se conformen según esa lógica heraclitana (...)»<sup>36</sup>.

---

<sup>32</sup> «Nausica» en *Revista de Abenzoares* 1, 1992, Consejería de Cultura y Educación de Castilla La Mancha, pág. 74.

<sup>33</sup> *Poesía Completa*, Barral Editores, Barcelona 1973.

<sup>34</sup> *Retrato...*, pág. 148.

<sup>35</sup> B1D-k

<sup>36</sup> *Las personas...*, pág. 17.

Esta obsesión por el retorno, concretado fundamentalmente en Ulises, se da también en los demás poetas objeto de nuestra búsqueda, sin embargo, en Gil de Biedma el *regressus ad uterum*<sup>37</sup> es un transfondo que teje toda su poesía, no es un mito aislado; por citar un ejemplo más, de los muchos que podríamos exponer, transcribo unos versos del poema «Barcelona ja no és bona» o «Mi paseo solitario en primavera»:

(...)  
Así yo estuve aquí  
dentro del vientre de mi madre,  
y es verdad que algo oscuro, que algo anterior me atrae  
por estos sitios destartalados<sup>38</sup>.  
(...)

Sin embargo otros, como Cernuda en «Peregrino», que acabamos de ver, dudan de la conveniencia del regreso. O temen lo conocido, como Badosa que previene a Ulises en su retorno, y le da un «Mal consejo a Ulises»:

¿Para qué quieres regresar a Ítaca?  
¿Te sientes ya cansado? ¿Ya? ¿Tan pronto?  
Hay mayores peligros en tu casa  
que el lestrigón, que el Cíclope, que Circe....  
y allí toda tu astucia será inútil.  
Mira lo que te espera:  
los repetidos nombres cotidianos,  
y no los nuevos nombres de la mar,  
(...)  
Si fueras tan astuto como dicen,  
pasarías de largo.  
¿Por qué volver a Ítaca,  
cuando hacen tanta falta  
hombres de aventurar?<sup>39</sup>

Otros, como Ángel González, reproducen el episodio de las sirenas<sup>40</sup>, en el mismo tono de Homero:

---

<sup>37</sup> G. CORONA, *Aspectos del taller poético de Jaime Gil de Biedma*, Ensayos Jucar, Barcelona 1991, pág. 34.

<sup>38</sup> *Las personas...*, pág. 80.

<sup>39</sup> *Mapa de Grecia*, Selecciones de poesía española, Barcelona 1979, pág. 19.

<sup>40</sup> *Odisea* XII 197-200: «Cuando al fin las dejamos atrás y no más se escuchaba / voz alguna o canción de Sirenas, mis fieles amigos / se sacaron la cera que yo en sus oídos había /

(...)  
No menos dulces fueron las canciones  
que tentaron a Ulises en el curso  
de su desesperante singladura,  
pero iba atado al palo de la nave,  
y la marinería, ensordecida  
de forma artificial,  
al no poder oír mantuvo el rumbo<sup>41</sup>.  
(...)

O este poema de Siles que se titula «Versión libre y modernizada de Ulises y las sirenas»:

Atraído hacia un bar por las canciones  
que una sirena en *top-less* y miniada  
de laca me servía entre porciones  
de *gin* con soda bien dosificada,  
decidí aprenderme las lecciones  
del rumor de las comas en la nada  
y sepultar todas mis ilusiones  
en el cadáver de la madrugada.  
Así llegué a un sitio que tenía,  
por su perfil, aspecto de mañana  
y pregunté por dónde se iba al día  
para poder volver a la semana.  
Como no había metro ni tranvía,  
entré en otra barra americana<sup>42</sup>.

donde vemos que las sirenas del mar de Homero también cantan hoy, en el siglo XX, y que siguen al acecho, salen a la vuelta de cualquier esquina y envuelven al poeta con su canto y le impiden el regreso.

Pero Ulises, que no ha sucumbido en el retorno, ya está llegando a Ítaca, ahora de la mano –mejor dicho de la pluma– de Antonio Colinas, «Viento que golpea la luna»:

¿Cuánto tiempo he pasado buscando esta tierra  
cercada por la luz?

---

colocado al venir y libraránme a mí de mis lazos.» Traducción rítmica de J. M. PABÓN, Gredos, Madrid 1982.

<sup>41</sup> «Civilización de la opulencia» en *Palabra sobre palabra*, Seix Barral, Barcelona 1968, pág. 230.

<sup>42</sup> *Poesía* 1969..., pág. 290.

¿Acaso no persigo este espacio y su mensaje  
desde que abrí los ojos a la vida?  
¿Al fin hallé el más griego de los mares  
en los dominios del bárbaro?  
Y ahora, ¿es el bronce el que vibra en el aire  
o son fustes de mármol los que tiemblan?

Y continúa, Ulises iluminado por Colinas, pensando en Nausica por última vez, ya en el final de su viaje:

Acaso sólo sea el rumor  
del carro de Nausica  
en las guijas sagradas, las sonrisas  
de las que corren con las cabelleras  
chorreando por los hombros, o el batir,  
como enseñas, al viento, de las túnicas<sup>43</sup>.  
(...)

Y, ahora, está entrando en el palacio, según lo vio Valente en esta hermosa rapsodia, y encuentra a los pretendientes:

(...)  
—Os voy a joder vivos —dijo en su hermosa lengua el celeste Odiseo.  
(...)  
A gatas, entre el sudor de la venganza y el humo de la sangre, llegó al fin hasta el héroe Femio Terpfada, el aedo. Venía con la lira sobre el pecho, a modo de protección o de escudo irrisorio, gimiendo como hembra paridera.  
(...)  
—No quieras degollarme —dijo Femio con voz casi ilegible—. Canté a los pretendientes, obligado por la necesidad, la canción que un dios me inspiraba. Los tiempos son difíciles y quién iba a pensar que tú vendrías. Así que tuve necesidad de pan, de un puesto, de un pequeño prestigio entre los otros, de modestos viajes por provincias. Pero aún así he de decirte que gusté la prisión por lealtad a ti, si bien fue solo en los primeros tiempos. Después los dioses me engañaron, pues ellos hacen la canción y la deshacen y ponen hoy al hombre en un lugar y soplan otro día y lo destruyen. No quieras tú quitar la vida a quien nada tiene de sí, pues ni siquiera la canción es suya.  
(...)

---

<sup>43</sup> *Poesía 1967...*, pag. 186.

Y Telémaco, que asistía a su padre en la matanza, pero conocía mejor la desdichada suerte de la lírica en los años siguientes a la guerra de Troya, intervino en favor del poeta caído.

Así salvo el Terpsíada lira y pelleja, con la indignidad propia de una especie en la que, gratuito, un dios pone a veces el canto (...)<sup>44</sup>.

Ahora ya descansa Ulises en Ítaca. Una vez más, en la literatura y en la vida, ha vencido la ortodoxia del amor: el amor conyugal, el que se basa en el matrimonio monogámico y cuyo fin –dentro de la sociedad griega– es la procreación de hijos legítimos dentro de la familia patriarcal.

Dejemos, pues, a Ulises que descanse junto a Penélope, que goce de las mieles y hieles del amor conyugal, del tedio o de la sorpresa del hogar recuperado.

Sin embargo Homero, aun hoy, no descansa todavía, anda de mano en mano generación tras generación. Homero rejuvenece cada día. Las manos que lo toman son siempre diferentes.

Veamos un ejemplo de Ángel González donde parece evidente que las manos que tienen a Homero y los latines son manos jóvenes, de muchachas universitarias de 1980:

Amo el campus  
universitario,  
sin cabras,  
con muchachas  
que *pax*  
*pacem*  
en latín,  
que meriendan  
pas pasa pan  
con chocolate  
en griego,  
que saben lenguas vivas  
y se dejan besar  
en el crepúsculo  
(también en las rodillas)  
y usan  
la coca cola como anticonceptivo.

*Ah las flores marchitas de los libros de  
texto*

---

<sup>44</sup> «El fin de la edad de plata: Rapsodia XXII» en *Noventa y nueve poemas*, Alianza Editorial, Madrid 1992, págs. 163-165.

finalizando el curso  
    *deshojadas*  
cuando la primavera  
se instala  
en el culto jardín del rectorado  
    *por manos todavía adolescentes*  
y roza con sus rosas  
    *manchadas de bolígrafo y de tiza*  
el rostro ciego del poeta  
    *transustanciándose en un olor agrío*  
    *a naranjas*  
Homero  
    *o semen (...)*<sup>45</sup>

Son chicas, estas las de A. González<sup>46</sup> modernas, coquetas y atrevidas, chicas, sin duda, que, recreando a Homero, se aferran a la vida en cualquier campus universitario (podría ser Maryland, Texas o Nuevo Méjico, los que frecuentó González) y quizás, sin ellas mismas saberlo, estas muchachas del siglo XX «que se dejaban besar en el crepúsculo» en medio de griegos y latines, también recrean a aquella muchacha que Ausonio (*Collige, virgo, rosas*), en la línea horaciana del *carpe diem*, interpelaba<sup>47</sup> diciendo: «corta las rosas, doncella, mientras está fresca la flor y fresca tu juventud, pero no olvides que así se desliza también la vida.» Hoy también, Francisco Brines (uno de los poetas más jóvenes, en su momento, de la generación del 50) se dirige, ya desde el otoño de su vida, a una persona joven con un tono transido de melancolía, en el poema, precisamente titulado *Collige, virgo, rosas*:

Estás ya con quien quieres. Ríete y goza. Ama.  
Y enciéndete en la noche que ahora empieza,  
y entre tantos amigos (y conmigo)  
abre los grandes ojos a la vida  
con la avidez preciosa de tus años<sup>48</sup>.  
(...)

---

<sup>45</sup> «Procedimientos narrativos. Empleo de la nostalgia» en *Poemas*, Cátedra, Madrid 1980, pág. 144.

<sup>46</sup> Una vez ya redactado este artículo, en el coloquio celebrado en la UIMP (agosto 94) con el autor, tuve ocasión de preguntarle cuál era el transfondo de este poema. Me respondió que lo consideraba un canto a la libertad, a la libertad que emanaba del campus universitario que pisó por primera vez en U.S.A.

<sup>47</sup> Traducción de A. ALVAR EZQUERRA, *Décimo Magno Ausonio, Obras II*, Gredos, Madrid 1990, pág. 377.

<sup>48</sup> *Antología. Lecturas complementarias para el Bachillerato* de F. LÁZARO, y V. TUSON, Anaya, Madrid 1988, pág. 328.

En parecida línea se expresa Antonio Colinas, lamentando no sólo la pérdida de la juventud sino la actual ausencia de las míticas enamoradas que le vienen a la memoria «Tras la lectura de unos versos», así titula su poema:

Mirra, Fedra, Pasifae, Canace, Scylla,  
adiós.  
Adiós, pues nos dejáis como nos deja  
la juventud, como si primavera  
no volviera jamás.  
Sobre un vasto panorama de ruinas,  
a la orilla del mar, desaparecéis  
como desaparece  
el perfume, el misterio de las noches<sup>49</sup>.  
(...)

La misma idea se expresa también en el «Himno a la juventud» de Gil de Biedma cuando glosa explícitamente el verso de Propertio: *Heu quantum per se candida forma ualet!*<sup>50</sup>, que encabeza el poema<sup>51</sup> seguido de los siguientes versos:

¿A qué vienes ahora,  
juventud,  
encanto descarado de la vida?  
¿Qué te trae a la playa?  
Estábamos tranquilos los mayores  
y tú vienes a herirnos, reviviendo  
los más temibles sueños imposibles,  
tú vienes para hurgarnos las imaginaciones.

Hay también, en este poema, unos versos donde claramente se identifica a la diosa Afrodita «la emergida de la espuma del mar» con la juventud y con la... *candida forma* del verso de Propertio:

De las ondas surgida,  
toda brillos, fulgor, sensación pura  
y ondulaciones de animal latente,  
hacia la orilla avanzas

---

<sup>49</sup> *Poesía 1967...*, pág. 189.

<sup>50</sup> II XXIX 30.

<sup>51</sup> *Las personas...*, pág. 170.

con sonrosados pechos diminutos,  
con nalgas maliciosas lo mismo que sonrisas,  
oh diosa esbelta de tobillos gruesos,  
y con la insinuación  
(tan propiamente tuya)  
del vientre dando paso al nacimiento  
de los muslos (...)

La influencia del «Himno a la belleza» de Baudelaire en este poema, como en tantos otros, es clara y el verso en el que describe a Afrodita juventud: «Toda brillos, fulgor, sensación pura» proviene de Rubén Darío en cuyo poema «Yo soy aquel que ayer no más decía» podemos leer: «todo ansia, todo ardor, sensación pura.»<sup>52</sup>

Y ya en los versos finales cita a Antínoo, transparente en la mirada de Afrodita:

(...)  
y volviendo hacia el mar tu rostro donde brilla  
entre mojadadas mechadas rubias  
la expresión melancólica de Antínoos,  
oh bella indiferente,  
(...)

No es, evidentemente, casual la mención de Antínoo. El amor homosexual es algo sin lo que no podría comprenderse ni la vida, ni la obra de Gil de Biedma. En su diario, muy posiblemente influido por A. Gide, no oculta en absoluto sus objetos de amor, sobre todo en la parte primera, titulada «Las islas de Circe».

Es, de los poetas de su generación, el que con más garra expresa la pasión amorosa, siendo<sup>53</sup> la suya «una pasión sentida como rechazo radical de los modos aceptados por la moral al uso» (en los años 50, claro está). Es evidente que sus pasiones eróticas llenas de la sensualidad más viva aparecen una y otra vez en sus poemas. Y esta pasión, irreductible a los esquemas habituales de entonces, le lleva también a hacerla objeto próximo de sus aficiones literarias.

---

<sup>52</sup> D. CAÑAS, en *Volver (Introducción, Bibliografía y Antología Poética de Gil de Biedma)*, Cátedra, Madrid 1993, pág. 150.

<sup>53</sup> J. ALFAYA, «Prólogo» en Jaime Gil de Biedma. *Antología Poética*, Alianza Editorial, Madrid 1981, pág. 19.

Me refiero concretamente aquí al tema de la *Égloga II* de Virgilio, «Alexis y Coridón», que, en su retiro de Nava de la Asunción, traduce<sup>54</sup> con deleite abandonando –según dice– la obligación por la devoción: «La libre gana de leer y de escribir, que es la que vale, (...) nos hace pasar el tiempo con un libro o con una tarea que nada tiene que ver con lo que queremos. Llevo dos días entretenido (...) en traducir en verso la *Égloga II* de Virgilio.»<sup>55</sup>

Hubiera sido, para nosotros, muy interesante disponer del *O crudelis Alexi, nihil mea carmina curas? / nil nostri miserere? mori me denique cogis?* de Virgilio en ósmosis con Gil de Biedma.

Detengámonos pues, ahora, en la ingenua imagen de Coridón que busca en las aguas un veredicto favorable para su aspecto: *nec sum adeo informis: nuper me in litore uidi, / cum placidum uentis staret mare.*

Esta imagen narcisista nos acerca a Gil de Biedma que también, cual Narciso-Coridón, se recrea en su imagen: «Yo. Mitad Calibán, mitad Narciso», dice de sí mismo. En este desdoblamiento, que expresa de sí, estriba su aproximación personal al Narciso clásico porque quizá, pienso, *Dumque sitim sedare cupit* –como el Narciso de Ovidio– *sitis altera creuit*<sup>56</sup>.

Veamos ahora un Narciso no usual, enamorado, quizás, de otros ojos, el que nos pinta Colinas en «Noche más allá de la noche»:

(...)

Cual Narciso embebido caí, caí en la fuente  
de las tardes intensas entre el río y la sierra,  
mareado en florestas por aromas, por trinos,  
herido en la noche musical de unos ojos<sup>57</sup>.

(...)

Desenfadado e irónico rompe, sin embargo, Badosa la imagen de nuestro Narciso con este anti-Narciso:

Aunque te desagrade, son tus gafas  
tatuaje y ortopedia de tu rostro.  
Para mayor desaire a tu narciso,  
hay quien opina que te sientan bien.

---

<sup>54</sup> No me ha sido posible encontrar esta traducción, si es que fue publicada. Tengo la esperanza de obtener más información sobre este punto cuando se publiquen las *Actas del Congreso (Jaime Gil de Biedma y su generación poética)* celebrado en Zaragoza, en octubre de 1991.

<sup>55</sup> *Retrato...*, pág. 147.

<sup>56</sup> *Metamorfosis III* 415.

<sup>57</sup> *Poesía 1967...*, pág. 281.

De tu pública faz ya forman parte,  
mucho más fotogénicas que tú<sup>58</sup>.

Se atreve Badosa despiadado a desmitificar a Narciso, pero, sin embargo no lo hace con Helena a quien dedica este poema:

(...)  
No te oculten espejos de ceniza,  
ni ropas tristes, ni la vieja casa  
ya sin las flores frescas de tus manos,  
ni la fatiga de esperar tu ausencia.  
Siempre serás de amor y de ventura<sup>59</sup>.

Con este poema, nunca Badosa se vería obligado a cantar la palinodia, lo que sí hace L. A. de Cuenca:

No, no es verdad, amor, aquella historia.  
No llegó a seducirte aquel imbécil  
de rizos perfumados. No te fuiste  
precipitadamente de la fiesta  
de nuestro aniversario, con los ojos  
clavados en el bulto que emergía  
de entre sus piernas, y con las narices  
saturadas de droga. No embarcaste  
en su yate de lujo con lo puesto<sup>60</sup>.  
(...)

También Gil de Biedma dedica, en su diario, un recuerdo a la bella Helena no formalmente poético, pero encendido de poética admiración: «(...) Helen, es flor del mediodía (...) Empieza por no llamarse Helen, sino que se llama o se hace llamar Helena, y esa hache ya la sitúa a una distancia estelar de Elena mi criada y de cualquier otra Elena de andar por casa, emparejándola con Helena de Troya y con Helena Trubova, la heroína de Vicki Baum en *Shanghai Hotel*.»<sup>61</sup>

En todas estas historias de amor, aún no me he detenido en ninguno de los amores de Zeus que, como todos sabemos, fueron muchísimos. Por

---

58 «Epigrama XLVII» en *Epigramas...*, pág. 34.

59 «Helena» en *Mapa...*, pág. 53.

60 «Helena. Palinodia» en *Revista de Abenzoares...*, pág. 75.

61 *Retrato...*, pág. 64.

consiguiente, y a modo de palinodia apotropaica, vamos a fijar nuestra atención en uno de los momentos que, sin duda, pienso, fue de extremo gozo para Zeus, es el *Escolio a Teócrito XV 64*:

(...) τὸν γάρ Δία μυθολογεῖ ἐπιβουλεύειν τῇ  
Ἥρᾳ μιγῆναι, (...) βουλόμενος δὲ ἀφανῆς γενέσθαι καὶ μὴ ὀφθῆναι  
ὅπ' αὐτῆς, τὴν ὄψιν μεταβάλλει εἰς κόκκυγα, (...) τὸν δὲ Δία  
χειμῶνα ποιῆσαι δεινόν (...) τὴν δὲ Ἥραν πορευομένην μόνην, (...)  
τὸν δὲ κόκκυγα ῥιγῶντα καὶ πεφρικότα (...) ἰδοῦσαν αὐτὸν οἰκτεῖται  
καὶ περιβαλλεῖν τῇ ἀμπεχόνῃ (...) <sup>62</sup>

Y así describe esta escena Aleixandre<sup>63</sup>:

(...)  
Sobre tu seno alerta un pájaro rumoroso  
viene a posar su canción y se yergue.  
Sobre la trémula cima su garganta extasiada  
canta a la luz, y siente dulce tu calor propagándole.  
Mira un instante la tibia llanura aún húmeda del rocío  
y con su lento pico amoroso bebe,  
bebe la perlada claridad de tu cuerpo,  
alzando al cielo su plumada garganta,  
ebrio de amor, de luz, de claridad, de música.

Sin embargo, muy otro es el tono que emplea Valente en el poema titulado «Hera»:

(...)  
De antiguo opté por la lechuza,  
no por tus ojos de ternera.  
Conserva tú nupcial el lecho  
de la persecución y la venganza.  
Sobreviven Tiresias,  
Semele e Io.  
Tú no, vindicativa<sup>64</sup>.

---

62 «(...) Quería hacer el amor con Hera (...) pero pretendía no ser visto por ella, toma la forma de un cuclillo (...) desencadena una cruda tempestad (...) Hera que paseaba (...) ve al cuclillo aterido de frío (...) se compadece y lo guarda en su pecho (...)».

63 «El desnudo» en *Sombra del paraíso* (Edición, introducción y notas de Leopoldo de Luis), Clásicos Castalia, Madrid 1986, págs. 112-114, III vv. 26-34. Cf. nota del editor a I vv. 3-5.

64 *Material Memoria (1979-1989)*, Alianza Tres, Madrid 1992, pág. 128.

En resumen, y para terminar, diré que nuestra búsqueda ha sido «pandémica», por eso, todo nos ha hablado de amor.

En este zigzagueo por el laberinto de lo que hay de ellos –los clásicos– en nosotros –los modernos– hemos buscado, encontrado y unido, amor y regreso, amor y noche, amor y juventud efímera, amor... y un sinfín de resonancias cuya magnitud nos desborda. Y así engarzados los hemos traído aquí; engarzados pero abiertos a otras búsquedas, ya que esta modesta antología es, como cualquier otra, subjetiva.

No obstante, pienso que hemos demostrado que la pervivencia de la lírica amatoria antigua en la poesía española contemporánea es tan patente como los ecos del mundo clásico en el siglo XX, y así lo siente Antonio Colinas, parafraseando *Los Persas* de Esquilo (348-349):

ἔτ' ἄρ' Ἀθηνῶν ἔστ' ἀπόρρητος πόλις; / ἀνδρῶν γὰρ θύτων  
ἔρκος ἐστὶν ἀσφαλές,

cuando dice:

(...)

Esquilo lo vio todo con sus ojos  
y en dos versos resumió la Historia:  
¿Atenas, la ciudad, es arrasada?  
¡Sus hombres han quedado, Atenas dura!<sup>65</sup>

---

<sup>65</sup> *Poesía 1967...*, *Crónicas de Maratón y Salamina*, pág. 213.